

# Sombras en torno a Edgardo Garrido

Por Tito Mundt

A YER estuve con don Edgardo Garrido Merino. La última vez había sido en Madrid. Vivíamos en el mismo hotel, y a veces lo veía salir a caminar por las calles de la Villa del Oso y del Madroño, en busca de inspiración.

Don Edgardo tiene más de 70 años y ha escrito desde los 15, pero conserva una vitalidad y una juventud impresionantes. Ojalá un muchacho de hoy pudiera trabajar como él lo hace, a pesar de haber doblado hace años la curva de la jubilación y del descanso. Ha estado cerca de cuarenta fuera de Chile. De ellos, por lo menos 30 y tantos en España. Le tocó la guerra civil y los dramáticos momentos cuando la casa de Chile fue el refugio de tantos españoles que se jugaban el pellejo si se quedaban en su respectivo hogar. Con Núñez Morgado le salvó la vida, por lo menos, a 500 personajes que vivían con el fantasma de la muerte frente a los ojos... Todo eso lo piensa volcar en los dos tomos de "Memorias", que pre-

para actualmente. Además escribe teatro, tiene listo un volumen de cuentos y se siente tan joven que se queda en cama a veces para despacharse un par de relatos con la velocidad del más fogueado de los reporteros.

Pero lo notable es oírlo hablar. Con los ojos azules que le brillan bajo las pobladas cejas y una labia detrás de la cual asoman las viejas tertulias de antaño, evoca los fantasmas de su lejana y perdida juventud... Se dibuja Madrid en la lejanía; el café de Levante, que ya no existe; el viejo Ateneo, la época de Alfonso XIII, los días iniciales de la revolución, los primeros muertos, los bombardeos, las persecuciones, los "paquetes", las grandes batallas, la llegada de las brigadas internacionales, etc...

El bar en que estamos se llena de sombras vagas y transparentes... Avanza don Jacinto Benavente con su barbilla en punta y su sonrisa mefistofélica; Azaña, con sus gruesos lentes y su frase fatal;

"España ha dejado de ser católica"; don José Ortega y Gasset; Pérez de Ayala; el viejo Unamuno, haciendo una pajarita de papel en medio de dos frases geniales; Pío Baroja, con su boina vasca inclinada sobre el ojo derecho; Azorín, impecablemente vestido, y buscando con lupa la frase exacta y el giro justo para describir los cielos calcinados de Castilla, etc.

En una palabra, media hora de charla con don Edgardo no es una conversación a solas, entre dos tragos y un pitillo, sino una concentración, un meeting y casi un desfile de viejas sombras inmortales que nos rodean por todas partes, con la misma vitalidad y fuerza que tuvieron hace años en el borroso Madrid, y que se sientan en las mesitas vecinas, apuran su "chato" de manzanilla y se van sólo cuando el melancólico escritor chileno cierra nostálgicamente los labios y les da la voz de partida...